

El mestizaje era fácil de apreciar en la acumulación de íconos de yeso que atiborraban el mueble más importante de la casa: un aparador que cualquier anticuario habría venerado. Ningún Colque sabía desde cuándo ese mueble estaba entre ellos. Nadie tampoco tuvo el cuidado de guardar la pata que se le quebró el día que decidieron cambiarlo de lugar, y que fue reemplazada por tres ladrillos.

Era mestizo el fondo que, en tres de sus costados, sin contar el que ocupaba la casa, mostraba la esencia de las razas que allí se habían mezclado. Dos muros medianeros levantados con cuanto cosa sirviera a ese fin imponían la presencia de la conquista y de la propiedad. El tercer costado estaba abierto al mundo para que todos fueran y vinieran sin que el adentro y el afuera, el mío y el ajeno, fueran cosas sencillas de distinguir.

Justo en ese costado, para evitar incendios, se prendieron los fuegos para freír y asar. Una mesa y tres tablonces se colocaron donde las irregularidades del terreno permitían suficiente horizontalidad y equilibrio.

Comida jugosa, picante, que aprecia criarse en su caldo. Mucha y demasiada, porque después de tanto comer quedó para recalentar a la tarde.

Chicha que se traía en baldes. Jugo artificial que corría en jarras de plástico para alargar el alcohol.

Los Colque despedían a otro que no iba a volver. Y la tarde avanzaba.

Una de las tías jóvenes daba de mamar. Ella sentada, el niño de pie, hablando en secreto con las tetas de su

madre. En medio de las conversaciones cruzadas, algún hombre celebró esa suerte.

—Me pongo en su lugar —dijo, señalando al niño.

El silencio descendió hasta las sobras de los platos. Algunos ojos se dirigieron al atrevido. Otros, al esposo que debía responder. La mujer se cubrió rápido, alzó al niño y entró a la casa.

Detrás de eso había un pasado mestizo que debía resolverse en alguno de los idiomas posibles.

—¿Usted, compadre, lo dice por las tetas de la madre suya?

Una de las ancianas Colque respiró fuerte y se apuró a ofrecerle al esposo la olla con chicharrón. De su respuesta dependía el final del festejo.

—Sírvame, claro.

El hombre aceptaba comer en esa mesa, con todos los presentes. La fiesta podía seguir con su alegría y su tristeza.

Después del incidente, Sabino y otros tan jóvenes y más que él se fueron a fumar detrás de un amontonamiento de chapas y cajones. No porque alguno de los presentes fuese a escandalizarse por eso, sino para no perder la delicia de los escondites.

A las seis de la tarde los peores borrachos entraron a la casa a dormir en la frescura del adobe.

Sabino, el homenajead, el que se iba lejos, siguió con los más aguantadores y con las mujeres, que separaban los restos, esto para los perros, esto para las gallinas. Y metían en un tacho con agua y jabón los platos sucios.

Pasadas las diez de la noche Sabino Colque apartó un poco al que ocupaba su colchón. Y se tiró a dormir, vestido y desesperado.

Se despertó y era día de marcharse.

En la casa ya no quedaban visitas. Nadie más que la gente que vivía allí, y ni siquiera todos, porque sus dos cuñados se habían ido al trabajo. Sus hermanas y sobrinos aún dormían.

Solamente su madre estaba sentada en la cocina, como si no hubiera dormido por esperarlo.

—Bueno —le dijo—. Usted se va.

La madre de Sabino vertió en un jarro un poco de tinta de té y lo llenó de agua hirviente. Eso, acompañado de un buñuelo de los que habían quedado del festejo, fue a parar a la mesa frente a Sabino, que estaba pensando que ya no podía volver.

Sabino Colque no se apuró con su desayuno porque sabía que, después del último sorbo, no quedaban excusas.

Su madre, hasta donde él sabía y había visto, nunca había llorado. Tampoco iba a hacerlo ese día.

La madre de Sabino Colque trajo una estampita religiosa y se la mostró al hijo que se marchaba.

—Mire, hijo. Es San Miguel y tiene alrededor su corte de ángeles arcabuceros. En las ciudades donde usted va tiene que cuidarse de ellos. Mírelos bien, ponga en su cabeza esta estampita así los recuerda y, donde los vea, pase callado. Mírelos con fijeza, hijo, y vea que estos ángeles andan con arcabuces. No se engañe. Llévelos con cuidado. Trátelos como conviene, como se trata al viento. Procurando ir a favor.

—¿Puedo saber qué carajo te pasó, Ángela?

Renzo no hacía esfuerzos por disimular porque total, en esa zona, la plaza estaba vacía. Excepto por el boliviano.

Sobre todas las cosas, lo irritaba que Ángela le quitara al asunto su verdadera importancia.

—A lo mejor en tu casa están acostumbrados a vomitar durante la comida...

Renzo preguntó tantas veces qué carajo te pasó, Ángela, que al fin la muchacha de cejas espesas decidió explicarle que hacía ya varios meses que le costaba retener la comida, no tenía hambre y cuando tenía, le daban ganas de llorar. Entonces prefería no comer. Ella sabía bien que tenía mucha suerte en la vida, como Graciela le había dicho. Pero cada mañana se despertaba más triste.

Renzo y la debilidad no se llevaban bien. Y era ese desprecio por la sinrazón y por la emotividad exacerbada el que le impedía concebir límites a la voluntad. Si uno quería dejarse de joder, uno podía.

—Ahora, si se te antoja hacerte la loquita y andar diciendo que la comida te hace llorar y que el vómito es culpa de la soledad, yo desaparezco. Desaparezco, Ángela. Yo, desaparezco.

Sabino Colque se había quedado mirando con fijeza el lugar del escándalo.

Ángela de Lyon se pasaba las manos por las rodillas agudas y bellas. El yuyero podía jurar que la mujer tenía las palmas transpiradas de pena. Primo ladró para pedir más golosinas navideñas, y Colque ni siquiera lo oyó, tan absorto estaba en considerar cuánto tiempo iba a soportar Ángela de Lyon sin derrumbarse, porque ya estaba de

papel, con los ojos demasiado abiertos para una persona viva. Y la boca con un contorno violeta que no le correspondía y mostraba un trastorno que los tíos Colque hubieran tomado con todo respeto y preocupación.

Fue en medio de esa abstracción que Renzo descubrió al yuyero.

–¿Qué mira el boliviano?

–Nada. No mira nada –Ángela lo tomó del brazo para distraerlo–. Al final no estás escuchando lo que te digo.

Renzo se levantó del banco y empezó a caminar con Ángela detrás pidiéndole que se tranquilizara, que el pobre Sabino no les había hecho nada.

–Ahora resulta que es el pobre *Sabino*... ¿Y desde cuándo es *Sabino* ese boliviano de mierda?

Lo era desde que el tío sanador eligió un nombre para salvarlo. Era Sabino Colque desde que partió de Tarabuco.

El yuyero vio venir a Renzo y se puso de pie sin prepotencia y sin miedo.

Sabino Colque no era alto, ni podía decirse que tuviera proporciones de peleador. Sin embargo, asustaba de él una escondida flexibilidad, una capacidad de salto y vuelo que detuvo en seco el ímpetu de Renzo.

–Así que pobre Sabino –dijo para disimular que no quería seguir con su bravuconada–. Entonces que el pobre Sabino te limpie los vómitos –dio dos pasos y volvió a mirarla–: ¡Pelotuda!

El auto blanco arrancó como a Renzo le gustaba. Y si Tarabuco entero hubiese estado delante, le habría pasado por encima.

Por entonces Ángela ya vivía en su propia tristeza. Una casa silenciosa y llena de juguetes viejos con los que Ángela tropezaba. Allí vivía y planchaba sábanas amarillentas con las que luego se envolvía para bailar. Pero como ya no tenía espejos, bailaba frente a las ventanas; pero como las ventanas se iban empequeñeciendo, Ángela bailaba frente a los azulejos de la cocina. En los azulejos, su imagen se veía globosa y deforme. Eso le daba tanto miedo que vomitaba lo que aún no había comido.

La tarde del veintiséis de diciembre Renzo se fue insultando a los fracasados, a los poca cosa.

Ángela de *Lyon* se quedó mirando la estela sonora que dejó el auto. Y parecía tan cerca de derrumbarse que Sabino Colque ofreció cruzar la calle para llamar a Graciela.

–No hace falta –respondió Ángela–. Me siento un rati-to, y se me pasa.

–Está bien.

Más que nada en el mundo, Ángela quería que el yuyero la tocara. No como un hombre, sino como una raza. Sentir en la frente las manos piadosas de los tíos Colque, recibir alivio gracias a una virtud para dialogar con los males y llegar a un acuerdo.

Ángela buscaba un modo de acercarse al cuerpo flexible y oscuro del yuyero.

–¿Qué es ese borde de carne en la muñeca? –señaló.

–Un callo, de cargar la valija con yuyos.

–¿Te duele? –y acercó las yemas de los dedos.

–Ya no.

Ángela tanteaba el aire dulce que rodeaba a Sabino.

-¿Cómo es Tarabuco?

-Lindo en carnaval.

-¿Y cómo es el carnaval de ustedes...?

-Es bueno. Uno se ríe. Todos se ríen. Mis tíos decían que gracias a los disfraces sabemos que no somos importantes.

Desde la vidriera de *Lyon*, Graciela se lamentaba por la escena que le tocaba ver. Discutir con un chico como Renzo y ponerse a conversar con el yuyero... Según pensaba, las cosas estaban tomando mal color. Y un olor fuerte.

-¡Nena! -gritó-. ¿Cuánto tiempo más vas a demorarte?

-Nena -Graciela había tomado la decisión de ponerle límites a Ángela-. No tengo que decirte que te quiero como si fueras una hermana menor. Por eso mismo estoy obligada a decirte las cosas como son. ¿Qué hacías hablando con el boliviano? A mí no me molesta atender sola, me arreglo con los ojos cerrados. Pero si tengo que decirte la verdad, andás un poco rara. Lo último que quiero, Ángela, es que te ofendas conmigo. Pero desde que estás tan flaca y tan pálida estamos vendiendo mucho menos. No sé cómo explicarte... Ya no lucís tanto. Hasta Mijaíl me preguntó el otro día qué te pasaba. Yo no te voy a negar que, para ser boliviano, este Sabino tiene su encanto. Pero en tu lugar no le daría alas a esa clase de gente. Vas a terminar teniendo problemas con Renzo por culpa del yuyero y después vas a llorar, Ángela. Vas a llorar.

El departamento de Graciela lucía limpio. Y no porque la prolijidad la desvelara, sino porque estaba sola, realmente sola. Y la soledad de una mujer suele mostrar pocas salpicaduras de grasa en la cocina, y poco ennegrecimiento en la pared cabecera de la cama. Por eso, quizás, Graciela aceptó sin fastidio el desorden brutal al que Mijaíl la sometía durante sus visitas de fines de semana, desde la siesta del sábado hasta el lunes por la mañana, cuando Graciela se levantaba para ir a *Lyon* y le entregaba, lavada y planchada, la ropa sucia que el vendedor de harinilla le había llevado en una bolsa de *nylon* atada con varios nudos.

Después de un buen domingo, Graciela sugirió una invitación. Cualquier tarde de esas podría invitar a la mamá de Mijaíl a tomar el té. Pero Mijaíl no estaba listo para responderle.

La cita familiar le olía a noviazgo. Marina se iba a encariñar con Graciela y después iba a andar jodiendo para que él la tomara en serio, que parece una buena mujer y es mejor que te lleve algunos años, y a ver, Mijaíl, si te enderezás, porque yo vivo con el corazón en la boca, mirá que trabajé para criarte, ¿qué buscás, hijo, que un día te traigan muerto? Porque yo sé muy bien en lo que andás, y ojalá que tu padre no se entere, esté donde esté... Aunque aquel domingo el vendedor de harinilla se las arregló para cambiar de tema, empezaba a gustarle la vida en un departamento con cortinas, agua fría y caliente, alfombra en el baño para no resbalarse. La costumbre de acompañar a Graciela al supermercado empezaba a resultarle divertida. Sobre todo porque, si hacía las cosas

bien, hasta podía mantener su habitual circuito de venta. Y su posición de caudillo en el barrio de pobres.

Graciela actuaba como una perrita perdida y adoptada, de esas que se encariñan con sus salvadores y a fuerza de lengüetazos consiguen un lugar en el mundo. Animalitos de Dios que evitan dar problemas con tal de recibir caricias.

-Puedo cortarte las uñas de los pies. De paso te cuento algo que te va a dejar con la boca abierta -ofreció Graciela, y agregó-: Algo sobre Ángela y Sabino.

-¿Ángela y Sabino? -los nombres y sus cuerpos se unían por primera vez en la imaginación inquieta de Mijaíl-. ¿Qué pasa con Ángela y Sabino?

-Como pasar, no sé qué pasa. Pero esa chica está insupportable. Lástima que no fuiste a la plaza, porque los habrías visto, dale que te dale a la charla.

-¿Y Renzo tampoco fue? -Mijaíl se incorporó. Las uñas de los pies podían esperar.

-Fue, sí. Y tuvieron flor de pelea porque parece que Ángela lo dejó muy mal frente a su familia en la mesa de navidad.

Como siempre que la situación lo entusiasmaba, Mijaíl se rascó entre las piernas.

-Ella dice que se sintió mal por la comida. ¿Te parece que el vitel toné puede caerle mal a alguien? La cosa es que vomitó sobre la mesa.

Posiblemente porque lo del vómito no le pareció demasiado grave, Mijaíl derivó hacia lo importante.

-¿Y qué tiene que ver Sabino?

-No digo que tenga algo que ver. Digo que ella le está dando demasiado lugar al boliviano. Mucha carita, mucha pregunta sobre Bolivia. No puedo entender, teniendo un novio como Renzo. Está bien que sea linda, pero ya ni eso. ¿Le viste las piernitas de tero? Además, me ayuda cada vez menos.

La conversación volvía a perderse. Mijaíl tuvo que regresarla a su sitio.

-Pero ¿viste algo?

-Vi que el boliviano le puso las manos en la cabeza como si estuviera haciendo una de esas curaciones de indios.

-¡Ah! Entonces, el yuyero la tocó.

-Te dije que ibas a quedar con la boca abierta.

Los cinco libros estaban guardados en el mueble, sin regreso. Y ya era natural que Mijaíl cuchicheara y traficara con lo peor del barrio.

Después de transformarse en vendedor de harinilla, Mijaíl dejó de interesarse por la historia de su padre. Solo en una ocasión volvió a preguntarle por el hombre de zancos. Lo hizo para escuchar sobre su muerte. Y la madre contó.

-Ese día volvió llorando de la calle. Decía que había muertos en la ciudad. Me dijo que tenía que irse, y que no podía llevarme. Me acarició la panza y me pidió que te diera los libros. No lo vi más. Al poco tiempo supe que lo habían matado, me lo dijo uno de sus amigos. Él tenía sus ideas... por eso lo conocí. Mirá si un muchacho estudiado y tan lindo iba a venir al barrio a hacer teatro para los pibes si no hubiera tenido sus ideas. Yo le decía que

siempre iba a haber ricos y pobres, que eso no tenía arreglo, pero no había caso, tu papá era como era. Yo todavía hablo con él. Le gustaba hablar. Y cantar. Conocía muchas canciones que no pasaban por la radio. Ya me las olvidé, pero eran lindas. ¡Cantaba de bien...! Y bajito. Bueno, a mí me cantaba bajito.

Pero al fin Renzo le llevó a Ángela un regalo de seis de enero.

-Los Reyes me pidieron que te diera un regalito.

Ángela sonrió.

-Te perdonan -dijo Renzo. Y aclaró-: Mi mamá y mi abuela te perdonan lo de navidad.

Ángela siguió sonriendo, aunque de un modo ligeramente más débil.

-¿No estás contenta?

Ángela se retorció el cabello a un costado para disimular su decepción.

-Sí, claro que estoy contenta.

-Bueno. Entonces, cualquier día de estos te llevo a casa.

Te perdonaron, Ángela. Todos en esa familia la perdonaron.

Afortunada Ángela, todos te perdonan.

Era el último domingo de enero, fácil de recordar por el calor agobiante y el cielo oscuro.

El hermano menor de Ángela miraba televisión. El padre resolvía palabras cruzadas.

La tristeza empezaba a matarla. Y nadie, excepto la mujer del portarretratos, parecía notarlo.

Después del almuerzo, que ni siquiera quiso probar, durmió un rato en el sillón. Muy poco. Enseguida despertó sobresaltada porque había soñado que entraban ladrones a Lyon.

-No hagas caso -dijo su padre, que seguía resolviendo juegos de palabras. Y a propósito de eso, preguntó-: ¿Ciudad de Bolivia?

Respondiste Tarabuco con alegría. ¡Si te hubieses visto la cara, Ángela!

-No puede ser, tiene cinco letras.

-Entonces no sé.

-¿Para qué mierda ponen ciudades de Bolivia habiendo tantas capitales famosas?

Ángela dijo que salía un rato a caminar, que no iba lejos.

Pero a una madre no se la engaña fácil, Ángela. Yo supe que ibas a hacer el camino de todos los días, igual que si fueras a trabajar. Aunque era domingo.

-Ángela de Lyon -saludó Sabino Colque. Se le notó el asombro de verla allí un domingo por la tarde.

-Vine porque tuve un sueño -Ángela explicó-. Soñé que entraban ladrones a Lyon, y me quedé preocupada.

Sabino Colque asintió porque conocía la seriedad de esos asuntos. Ángela sonrió, y señaló la tienda inalterada.

-Por suerte, me equivoqué.

El yuyero tuvo pena de decirle que no siempre los sueños hablan claro. Y que muy pocos podían saber qué cosas estaban advirtiendo.

Pero Ángela no quería irse, entonces señaló al perro.

—¿Y a él? ¿De dónde lo sacaste?

Sabino le contó la historia.

—¿Y tus tíos? ¿De verdad eran sanadores?

El yuyero estaba respondiendo cuando el sol empezó a caer. Entonces, la invitó a saludarlo.

Ángela aceptó, a pesar de que ya tenía transpirada la nuca debajo del cabello. Se paró junto al yuyero. Procuró parecerse a él y conseguir su misma gracia. Por eso actuó con la seriedad de una niña que juega a ser otra persona.

El saludo empezaba en los vientres. El de Ángela era un plato de oro, el de Sabino, un plato de arcilla. Los talones tenían que aplastar la tierra. Y en el torniquete del torso había que olvidar los huesos. Desde la planta del pie hasta el pecho se arrastraba la tristeza. Después había que patear con fuerza, y detenerse antes de llegar al piso. En el aire, a los costados, retorcer la soledad de cada uno...

*Buscás con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo.*

Domingo, verano y noche, no importa en qué orden ni en qué proporción, las tres dimensiones ya estaban en la plaza.

Sabino Colque ofreció acompañarla hasta el colectivo que la llevaba de regreso a su casa. Allá donde todo continuaría idéntico. Su padre en la cocina, cruzando letras, tomando coñac. Su hermano sumido en conspiraciones interplanetarias. Sin que ninguno de ellos notara su ausencia. Ni la ausencia de la fotografía.

En el camino, Sabino Colque habló del carnaval de San Pedro, lo más parecido a Bolivia que tenía a mano. Y dijo que, a veces, si la gente sabía cómo bailar al costado de las procesiones y cómo comportarse, la gente se sanaba. Porque el carnaval era una batalla contra la muerte.

Tu insólita tristeza te puso la respuesta en la boca. Respondiste que irías. Y yo, que te conozco, supe que no estabas hablando por cortesía. Aceptaste ir al carnaval de San Pedro. Y apretaste la cartera contra tu cuerpo como pidiéndome autorización.

—¿Símbolo del iridio?

—No sé.

—¿Qué vamos a cenar, Ángela?

—Ya veo.

Ángela se descalzó apenas entró a la casa. Enseguida sacó de la cartera la fotografía de su madre para devolverla al portarretratos, vació sobre el mueble.

Como sea, nadie había notado la ausencia de las mujeres. Muertas las dos.

Sabino Colque estaba muy lejos de Tarabuco cuando lo alcanzó su día trágico.

El carnaval había terminado poco antes. Atardecía en la plaza. Mijaíl acababa de irse. Y los artesanos levantaban sus puestos.

Colque y su perro empezaron a caminar hacia la pensión donde dormían y compartían la sopa. Fue entonces cuando Sabino oyó el sonido de las persianas metálicas

de Lyon. Recordó que era jueves. Y que desde el domingo en San Pedro, Ángela no había vuelto al banco de la plaza.

Tomó el camino habitual. En una esquina, esperaban los ángeles arcabuceros.

Mírelos, hijo. Mírelos con fijeza y vea que estos ángeles, blandos y carnales como mujercitas, empuñan arcabuces.

Sabino los conocía bien, de modo que procuró hacerse invisible. Pero los ángeles arcabuceros le cortaron el paso para pedirle legalidades impensables.

Flanqueado por el destino, el yuyero pensó que nadie en el mundo iba a darse cuenta de que, esa noche, él no llegaba a su cama. Recordó a su perro: "Espéreme, Primo. Yo vuelvo".

Con un nombre de perro fue suficiente.

-¡Cierto que el perro es primo tuyo!

-Si el perro es primo tuyo, también es boliviano.

-¿Es boliviano el perro?

-¿Y tiene permiso?

-A ver los papeles del primo boliviano de Sabino.

-¿No tiene papeles?

-Entonces, el perro también viene con nosotros.

Los ángeles arcabuceros se llevaron a Sabino Colque y a su perro. La tragedia, al fin, se arremangaba.

Renzo tuvo motivos de casta para desear, con toda el alma, que el boliviano recibiera un susto. Porque aunque Ángela ya hubiese empezado a provocarle náuseas,

era indispensable que el boliviano recordara quién era y dónde estaba. Por eso, para recobrar su orgullo, decidió pagar una pateadura de esas que ponen las cosas en su sitio y obligan a los infelices a cambiar de plaza y de costumbres.

Para asustar a un yuyero boliviano no hacía falta ir lejos.

Un baldío tapiado es un sitio donde los ángeles arcabuceros actúan a sus anchas. Un lugar del mundo donde las leyes se escriben y se borran con la sangre apropiada, la de quienes no tiene defensa posible. Un baldío es el cielo donde los fuertes mandan, y nadie se asoma aunque se escuchen gritos y lamentos.

Es cosa sabida que, a la hora de dar una pateadura por encargo, a la hora de moler a golpes a un desconocido, lo más difícil es dar el primer golpe. Y para eso hay que buscar el modo de enojarse. Se trata de poder resucitar, en una coyuntura cualquiera, el odio de las razas.

Los ángeles arcabuceros tenían que enojarse, y Sabino no lo facilitaba. Porque Sabino Colque había aprendido que debía irles a favor.

Claro que la harinilla de Mijaíl chorreaba sobre los nervios de los ángeles, y el pago acordado con Renzo picaba en las palmas de las manos. Pero todavía no era bastante. Era necesario revolver los fondos.

Le humillaron el país leproso donde había nacido. Pero Colque permaneció callado.

Le humillaron la madre que lo parió, india roñosa. Le desparramaron los yuyos por el baldío. Le acercaron la brasa del cigarrillo a los ojos. Lo manosearon.